

## El principio del determinismo en las ciencias morales y en la educación

---

### Fatalismo y determinismo

---

«La libertad es la necesidad comprendida.»  
HEGEL.

Deseo señalar una de las características del pensamiento contemporáneo y su influencia en los diferentes órdenes de la actividad espiritual. En tesis general puede decirse que el siglo XIX fué la época del determinismo en las ciencias físico-naturales, es decir, que fué en el siglo pasado que se ha ido comprobando con toda certeza en dichas ciencias cómo persistía invariablemente el principio de causalidad, que obtuvo ostentosa confirmación con la ley de la conservación de la energía; conforme a él se han ido realizando las investigaciones y el progreso del conocimiento.

No sucedió así, en tanto, con las ciencias llamadas del espíritu: filosofía, moral, lógica, psicología, sociología, tanto en la parte pura, como en la aplicada a los diferentes órdenes de la vida. Prohijar el determinismo en estos dominios del saber es, a nuestro juicio, de incalculable importancia. Así lo han comprendido numerosos autores de todos los tiempos, aunque muy contados han sido los que han seguido esa ruta; de manera, pues, que estoy lejos de creer en un hallazgo.

Labor esencial del siglo en que vivimos será, no sólo establecer las leyes de las ciencias antedichas, sino también de vivir en consonancia con ellas, como explico en la parte de Biología.

No es tan sencillo como puede parecer en un comienzo, adoptar el principio determinista en el concierto de todo lo existente. En lo que se refiere a la educación, a la moral, a la sociología, significa un cambio total de frente, puesto que trastorna los principios hasta ahora admitidos. Así, después de haber eliminado todo elemento de libre arbitrio, no queda lugar para la responsabilidad moral, ni para lo que se comprendía clásicamente como el *deber* y otras nociones morales, o al menos hay que darles otro contenido, como demostré en otra oportunidad. En este trabajo esbozo a grandes rasgos el estado actual de la cuestión. Trato de distinguir cuidadosamente la doctrina determinista del fatalismo, con el que se ha pretendido confundirlo por largo tiempo, y por último, señalo las vías y el sentido de cómo llega el hombre a su liberación. Este trabajo es sólo un esquema de lo mucho que hay que decir sobre estos problemas.

## I

En los pueblos civilizados del tipo primitivo, tanto más se han sentido fatalistas sus filósofos y pastores, cuanto menos han debido a su esfuerzo penosa y duramente realizado.

La naturaleza es pródiga en los climas cálidos y el fruto se encuentra al alcance de la mano; el hombre se siente llevado por los impulsos de su temperamento ardiente. La filosofía de estas comarcas — cuyos tipos más perfectos lo constituyen la Arabia del Corán y la Persia misteriosa — está imbuída de un sentir antropocéntrico, que la identifica con el fatalismo. Concluyen en un fatalismo riguroso para sus actos. *Lo que está escrito, escrito está*, dicen los mahometanos; en cambio, los mismos orientales reservan una absoluta libertad para el juego de su imaginación, cuyo exhuberante desarrollo contrasta a menudo con lo superficial de su inteligencia.

El fatalismo es, en esencia, un sentimiento que se ha sistematizado luego en doctrina filosófica; surge del sentimiento de absoluta dependencia con respecto a las fuerzas exteriores. El hombre se siente empujado en su potencia; arrastrado y moldeado como un guijarro; mísero juguete del viento y de las aguas.

Esta posición no predomina sólo en ciertos pueblos. La creencia en un *sino*, en el *destino*, se va incrustando también en las mentalidades rudimentarias — que son legión — cuyas orientaciones y modalidades son en todo dadas por los hábitos colectivos, por su posición social y por su profesión; el temperamento señala vagamente en cada uno de ellos las tendencias y colorea sus acciones, aunque sin individualizarlas mayormente. Ocurre lo contrario con los hombres de gubierta; los filósofos especialmente, que por largos años cultivan su predio interior, son llevados a determinarse por motivos de orden moral. Es por esto que se sienten moralmente libres y creen en consecuencia erróneamente que las circunstancias exteriores tienen escasa influencia en las acciones de la mayoría de los hombres.

En verdad, el hombre se siente constreñido por todas partes, está gobernado por leyes ineludibles, está sometido a las imperiosas necesidades de su propia naturaleza, y así, presionado por mil fuerzas se ve empequeñecido, insignificante átomo en el juego del Universo.

Decimos, por eso, que reina el fatalismo cuando prima total y absolutamente lo exterior sobre el individuo. Según esta doctrina, los sucesos están fijados de antemano por un Destino irrevocable. En este punto coinciden la Literatura griega y la Filosofía hindú. Pero en los dramaturgos griegos, a contar desde Píndaro, esa doctrina está complicada con otros elementos de que es conveniente distinguirla.

Me refiero a esta distinción que debe hacerse siempre: *Fatalidad* no es *fatalismo*; aquella palabra expresa el Hado, el Destino, de resultados siempre funestos para el hombre; encierra un fondo pesimista incurable, y traduce en todos los casos una desgracia pasada u otra a sobrevenir. En cambio, el fatalismo es una doctrina filosófica de contenido puramente racional.

\* \* \*

Si no entre los filósofos, entre los creyentes circula una doctrina, o mejor dicho, un dogma, que pretende conciliar el determinismo absoluto con el libre albedrío absoluto. Emitida por

Boecio a comienzos de la Edad Media, tuvo gran arraigo entre los escolásticos de esa era. Bossuet la rehabilitó en el siglo XVIII. Según él, en todos los órdenes de la vida hay una *predestinación*, es decir la fatalidad prevista y ordenada por una inteligencia omnisciente, que se concilia perfectamente con el completo libre arbitrio del hombre. Esa doctrina es de esencia mística y religiosa. Al sostener Bossuet en un extenso libro tesis tan absurda, no tenía por objeto, precisamente, averiguar la verdad. Dice ingeniosamente un comentador, al referirse a esa actitud poco consecuente del elocuente sacerdote: "los padres, los hombres de Estado y los pedagogos mienten impunemente y sin escrúpulo por lo que se llama el buen motivo". Es que hay un hondo propósito de política religiosa en esta actitud de los pastores, que dan un fundamento a los dogmas positivos; forma parte este dogma del vasto plan de opresión espiritual y de oscurantismo en que están desde largo tiempo empeñados.

Dostoyewsky ha expresado en forma admirable dicho interés en una de sus obras, en el relato que hace de Iván de "El Gran Inquisidor", donde demuestra que se valen de dichas premisas para fundamentar el principio de autoridad. He aquí algunos trozos: "Aún transcurrirán siglos de libre arbitrio y de antropofagia, porque comenzarán por una nueva torre de Babel y acabarán por devorarse entre sí. Entonces vendrá la bestia feroz a humillarse a nuestros pies, llorando lágrimas de sangre, y nos sentaremos en la bestia, y levantaremos la copa en la cual está escrito: *Misterio*. Entonces vendrá el reino de la paz y de la felicidad entre los hombres."

"Los persuadiremos de que no serán libres sino sometién-dose a nosotros, y se persuadirán a sí mismos, recordando los horrores de esclavitud y de desorden a que les había llevado la libertad."

"Al educarlos tú les has enseñado el orgullo, nosotros les demostraremos que siendo débiles, deben ser humildes y que se es más feliz obedeciendo como niños. Se agruparán a nuestro alrededor como los polluelos en torno de la gallina; temerán nuestra cólera, y serán llorones como mujeres o como ni-

ños, y a una señal nuestra pasarán a la alegría, a la risa, al goce y a las canciones.”

“... Se someterán a todo con alegría y júbilo, porque les habremos libertado de la preocupación, de la responsabilidad del libre arbitrio. Todos los hombres serán dichosos, excepto sus gobernantes. Únicamente nosotros, los guardianes del misterio seremos desventurados.” (*Los Hermanos Karamazov*, segunda parte.)

Semejante a la de Bossuet, con quien mantuviera correspondencia afectuosa, es la posición de Leibnitz. En la jerga filosófica de su época, sintentizaba así su opinión al respecto: “Nada hay de necesario en las cosas individuales, todo es contingente; pero nada, por otra parte, es indiferente, puesto que todo está determinado: la libertad es la *espontaneidad inteligente*” (1). La predestinación es en su lenguaje la *armonía preestablecida* por la voluntad del Creador. Ella consiste en el acuerdo previo entre todas las sustancias y en particular entre el alma y el cuerpo. “Gracias a esta armonía, las sustancias, aun desarrollándose cada una de por sí por una espontaneidad perfecta y con entera independencia, se concilian, sin embargo, tan exactamente entre ellas, que parecen determinarse recíprocamente: así dos relojes no marchan al unísono con toda regularidad, sin la intervención incesante del relojero, sino en tanto que ellos habrán sido fabricados y dispuestos con tanto arte, que puedan estar siempre de acuerdo.” Pareció esta hipótesis a Leibniz que era la única racional, la única que asegura la libertad y la inmortalidad del alma, y que era una prueba más de la existencia de Dios, puesto que tan perfecto acuerdo sólo podía venir de una causa común e inteligente. Y el filósofo oficial quedó conforme con su obra. El valor de estas doctrinas surgirá de lo que diga a continuación. Es bueno consignar que no todos los sistemas panteístas contienen, clara u ocultamente, una armonía preestablecida.

\* \* \*

Volvamos a la diferencia entre fatalismo y determinismo. ¿Se comportan de igual manera los fenómenos físicos que los

---

(1) *De Libertate*, citado en el Dict. des Sciences Phil. de Franck - Edición 1875

psíquicos con respecto al principio de causalidad? ¿Hay una diferencia esencial en la manera de reaccionar de ambas clases de fenómenos? ¿Se trata de una diferencia en la cantidad o modalidad de los mismos, o bien de una diferencia de calidad?

Se dice de los fenómenos físicos o químicos que son fatales. Todo obedece a la ley de gravedad. El alud que se precipita y arrastra todo a su paso; el aeroplano que se eleva hasta perderse por encima de las nubes; la hoja que se transforma en flor y luego en fruto; el óvulo y el espermatozoide, que dan lugar a la célula, y ésta que se desarrolla con modalidades previstas, hasta formar la individualidad humana; todos estos fenómenos se desenvuelven de acuerdo con modalidades que se han sintetizado en leyes, físicas en el primer caso, biológicas en el segundo.

Pero los seres vivos no constituyen una agrupación informe de células, un paquete de tejidos, un conjunto inarmónico de órganos que reacciona como cualquier porción de la naturaleza inanimada ante los excitantes exteriores. De ninguna manera. El sentido de la audición no reacciona lo mismo que un árbol o una piedra ante un número determinado de vibraciones de éter, que dan lugar a las ondas sonoras. Mientras que el agua se evapora al contacto del sol, las plantas se tienden en su busca para asimilarlo, el hombre se estremece de placer ante sus caricias, contempla emocionado su aurora, y el sabio estudia su composición química y su estructura física, desmenuza la gigantesca arquitectónica del sol en un análisis implacable. Esta diferencia en la reacción es lo que caracteriza a los reinos de la naturaleza, y en especial al género humano dentro del cierto universal de las cosas. La ley es siempre la misma; la causalidad es el axioma fundamental, tanto en los dominios de lo mental como de lo biológico, y en ningún caso contradice las leyes físico químicas (1). Por el contrario, fuera del determinismo, todo sería capricho y milagro, como lo demostró, después de Hobbes, Schopenhauer (2) en su monografía magis-

(1) (Véase mi artículo sobre «Paz psicológica del problema del libre albedrío y del determinismo» en *Revista de Criminología, Psiquiatría y Ciencias Afines*—Marzo de 1918).

(2) *Liberté et déterminisme*—*Novísimo Concepto del Derecho*.

tral, y Fouillée en algunos de sus libros. A medida que escudriñamos más la naturaleza y descubrimos nuevas relaciones, comprobamos un mundo de armonías, una disciplina esplendente en ese aparente caos.

Hay en el hombre un órgano del pensamiento, que se nutre de la misma naturaleza, que toma conciencia de su estado y comprende lo que le rodea. La conciencia es una realidad, lo mismo que lo es la atención, por ejemplo. No me interesa por ahora su origen ni la analizaré en sus elementos; ya sabemos lo que significa. Tampoco debe excluirse, pues, de la realidad, la inteligencia. El determinista concibe al hombre como un efecto de múltiples y complejísima causales, pero a su vez también como causa. En este último agregado radica esencialmente la diferencia del fatalismo con el determinismo. El mismo Guyau, tan sabio en estos análisis, no acierta a hacer el sutil distinguo: "La necesidad universal y absoluta, dice, es esencialmente lo que reduce todas las cosas al rango de efecto, lo que veda a toda costa y a todo ser atribuirse absolutamente nada y responder de nada" (1). Se olvida, como se ve, de que pueda ser también causa. Y en lo que se refiere a que nadie ni nada puede responder de nada, he demostrado en otra parte lo contrario; todo ser se atribuye y responde de todos sus actos (2). Aun los mismos idealistas, que también los hay entre los modernos a la manera de hombres de ciencia como Ziehen (3), pueden ser, y lo son con frecuencia, deterministas consecuentes. Los idealistas conciben al mundo como una sucesión de estados de conciencia; la única constancia de lo que existe, es *nuestra* visión del mundo. Es entonces mi mundo, que es el universo todo, lo que contribuye a determinarme. Todo se reduce a motivos interiores.

El individuo del género humano, no es, pues, una materia inerte, sino una masa viviente de maravillosa conformación, que responde muy variamente ante los excitantes, con toda la riquísima experiencia de la especie y la suya propia. "La serie compleja de los hombres en el curso de todas las edades, de-

---

(1) *Morale Anglaise Contemporaine*—Pág. 354.

(2) *La filosofía del derecho penal y los conceptos de responsabilidad*. En «Revista de Criminología y Psiquiatría»—Agosto de 1919.

(3) *Psicología y fisiología*.

cía Pascal, debe ser considerada como formada por un solo hombre, que nunca hubiese dejado de existir y hubiera estado siempre aprendiendo" (1). Por eso estamos en condiciones de comprender al mundo en su enorme complejidad, y podemos actuar de acuerdo con propósitos que la experiencia nos indica como de conveniencia superior. Los hombres inteligentes y diestros preven y obran de acuerdo con fines preestablecidos. Los salvajes no prevenen y obran al azar. Esta es la diferencia esencial entre los pueblos primitivos y los civilizados.

Gracias a sus funciones psíquicas va realizando el hombre la más grandiosa, la más sublime de las epopeyas. Mediante su inteligencia penetra en los secretos más íntimos del Cosmos; el saber que ha sistematizado en las ciencias ilumina al Universo, y a pesar de su insignificancia, su esfuerzo heroico ha logrado subyugar las fuerzas ciegas y transformar al mundo. A pesar de las tragedias íntimas, a pesar de hallarse tantísimas veces justificad aest aexclamación de Gorges Elliot: "hemos nacido en un estado de estupidez moral", a pesar de la Muerte y del Odio, la humanidad va venciendo en su brega por alcanzar un estado mejor. El entendimiento humano llega a todas las scosas y fenómenos e imprime hondas huellas hasta en el metal más resistente y duro, con tanta energía que llega hasta licuarlo por un trabajo intenso.

Ha explorado el cielo y la tierra, y va desvaneciendo el misterio del más allá, que lo tenía insomne. Se comprende así su soberbia, su creencia en la libertad absoluta, o sea la independencia de las leyes que se han comprobado en el mundo físico, y que quiera así desconocer como un mal hijo, la fuente madre de donde procede.

No me he referido en esta parte a la oposición entre la naturaleza y el hombre, entre las causas exteriores y la razón humana, o sea la presión y la resistencia de que habla Emerson; la oposición están sólo aparente, puesto que no se domina a la naturaleza sino obedeciendo a sus leyes, según el decir de Bacon. Este dualismo que Emerson establece es la parte más débil de su sistema. El hombre forma parte de la naturaleza. No hay tal oposición entre ésta y el hombre, y en vez de decla-

(1) *Pensées.*



rarle una pretendida guerra, en vez de sentirse su enemigo, debería considerarse como un hijo consciente y fuerte, de ascendientes temibles y generosos, Prometeo incansable, del que todo se consigue por el amor, la inteligencia y el trabajo. Esa unidad fundamental de la creación, que no reconoce una distinción artificial entre el hombre y la naturaleza, es el leitmotiv de la filosofía y de la literatura de la India misteriosa y magnífica. Rabindranath Tagore ha expresado este pensamiento en diversos ensayos. Observa el poeta bengalí que mientras el occidente se enorgullece al pensar que subyugaba a la naturaleza "como si viviéramos en un mundo hostil, del cual tenemos que arrebatarnos todo lo que deseamos". En cambio, lo esencial para la India es que "estamos en armonía con la naturaleza; que el hombre puede pensar porque sus pensamientos están en armonía con la naturaleza para sus propios fines, porque su poder está en armonía con el poder universal y que a la larga, su propósito nunca puede chocar con la intención que trabaja a través de la naturaleza" (1).

Se comprende ahora mejor la diferencia que hay entre el hombre y toda otra cosa del cosmos. El cerebro es como un condensador máximo que acumula la experiencia de millones de años, obedece a las mismas leyes que el resto de la naturaleza, de la que forma parte, y va reintegrando a cada excitación la energía que ha precisado para su formación. El hombre está, pues, muy lejos de ser pasivo y de sufrir como el hielo los rayos del sol, para deshacerse sin la menor resistencia. La reacción es infinitamente variable y depende al mismo tiempo que de la calidad e intensidad del estímulo y del momento en que se efectúa, de todo el contenido mental del sujeto. En sus últimas lecciones exponía Pi y Suñer las experiencias de Sherrington y de la Escuela Inglesa sobre los reflejos. Reflejos tan simples, que no pueden ser más, como el patelar o el aquileo, que parecían no variar sino en condiciones extremas, son de una complejidad extraordinaria. Así, la respuesta depende del ritmo, de la irrigación, de la especie animal y de otros factores, en gran número. La contingencia

---

(1) *La relación del individuo con el universo.—La realización de la vida.*  
—Traducción inédita de las señoritas Annie Pearson y Leonilda Barrancos.

de estos y otros reflejos es tanto mayor cuanto más grande es el número de factores que intervienen en su producción. Imagínese, pues, la contingencia de los reflejos cerebrales, a los que se puede reducir en último término los progresos psíquicos, pues para llegar a ser cerebral, la especie humana ha tenido que pasar por las fases micelar, molecular, ganglionar simpático y medular.

¿Contingencia? Es bueno comprenderse. Por esa variación en la respuesta, aparentemente arbitraria, es que se ha negado un determinismo riguroso en las acciones. La causalidad en éstas no sería tan estrecha como en los fenómenos físicos. Boutroux, que es el representante de esta tendencia, cree poder demostrar (1) que si se parte de los fenómenos mecánicos hasta llegar a las leyes que traducen el desarrollo de la vida y de la psique, es decir, si se va de lo abstracto a lo concreto, el determinismo ofrece un "juego" cada vez mayor. La contingencia es entonces más frecuente y más fácil porque en los actos humanos los lazos de la causalidad son, según Boutroux, más flojos.

A esto que Boutroux ha llamado lo contingente, Bergson ha denominado lo *imprevisible*. Bergson tiene varios modos de defender la libertad moral. A más del citado, repite, sin saberlo, la argumentación de que Schopenhauer hiciera (2), y que éste tanto admirara en Kant. Distingue Bergson entre los actos automáticos y los actos que provienen del sentimiento y del carácter, al que traducen íntegramente. Estos son los únicos libres. En otra parte analizo esta posición. Volviendo a lo anterior, lo contingente y lo imprevisible no es otra cosa que lo que vulgarmente llamamos lo *arbitrario*. Es la imposibilidad de predecir tantísimas veces el sentido en que se ha de dirigir el pensamiento y la acción de los hombres, y es también la ignorancia de las causas que lo originan.

Sólo he mencionado a dos de las cimas del pensamiento filosófico de tendencias espiritualistas de la Francia contemporánea, herederos de la tradición que continuaran Lachelier y Renouvier, porque si fuera a analizar cada una de las doctri-

(1) *De l'idée de loi naturelle*—F. Alcan.

(2) *Essai sur le libre arbitre*. Trad. Reinach.

nas emitidas sobre este tema en los últimos lustros, ocuparía ancho espacio. Tanto Boutroux como Bergson se valen de dichos subterfugios, no ya para borrar todo fatalismo, sino para reintroducir la noción del libre albedrío. Basta examinar, al efecto, el encadenamiento lógico de sus sistemas. Observa Jules de Gaultier, que ha estudiado la posición de ambos filósofos, que si metafísicos de esa talla no pueden defender la causa de la libertad de la voluntad a plena luz, es que su posición es realmente desesperada (1). Y en verdad, lo contingente es, o la medida de la complejidad de las causales de un fenómeno o bien la ignorancia en que nos hallamos con respecto a esas mismas causas. Con harta frecuencia se ha demostrado que la espontaneidad, la independencia de nuestros actos de los excitantes exteriores y de los motivos interiores, es una ilusión que en su error, acarician muchos como preciada realidad. ¡Pobre ilusión con que se nutre la soberbia y la petulante nescencia del hombre, que se cree eje del universo, factor sencial y libérrimo, en sí, por sí y sobre el resto de las cosas! A medida que la ciencia va penetrando en los misterios, resuelve los secretos de las cosas, elimina lo casual y reduce el campo de lo arbitrario.

El fatalismo lleva a un pesimismo atroz. Voltaire, que no era accesible, por cierto, al temor por las teorías atrevidas, decía que si el fatalismo fuera, por desgracia, cierto, él se resistía a aceptar una verdad tan cruel. Pero ¿qué hay de más desesperante que una teoría cuyo axioma es la inutilidad de nuestra acción, el valor nulo de nuestra intervención? Las cosas seguirían así su curso, independientemente del rumbo que imprimiéramos a nuestra actividad. Veamos, ¿en dónde se halla esa Inteligencia Suprema que fija de antemano tanto el recorrido de los astros como la vía que han de tomar las acciones humanas. Observa Lalande (2), como numerosos filósofos que pasan por libre arbitristas, más que sostener dicha posición, se interesaban en refutar el fatalismo, aunque extraviaron grandemente el camino, pues combatieron, sin comprenderlo, el determinismo. Muestra de ese estado de confusión, es el

---

(1) *Revue Philosophique*, 1912, tomo 1.

(2) *Revue Philosophique*, 1886, tomo 1.

“Grand Larousse”, de tanta autoridad entre los positivistas, que encara la cuestión equivocándose en un todo. Ahora está explicado por qué me interesaba grandemente distinguir mi posición del fatalismo.

Por no seguir esta lógica tan clara es, como tantos afirman que con el determinismo, toda moral y todo derecho son imposibles. Este absurdo se repite en las capillas religiosas y en las aulas de las Facultades. Tampoco faltan en los cenáculos científicos los pedagogos que enuncian este simplismo. Es en este sentido, por ejemplo, que Fonssegrive afirma que únicamente la creencia en el libre albedrío es capaz de oponer una barrera jurídica en el umbral de cada conciencia individual. Este trabajo, tiene precisamente, entre otros objetos, demostrar cómo el determinismo no es contrario a la moral, aunque sí lo es a las construcciones arbitrarias de la imaginación que se rotulan con ese nombre. Demostraré cómo es innecesario hacer cabriolas filosóficas ni contadecir a la realidad, para tener el derecho de fundar un sistema ético. No se trata de resolver por un juego dialéctico estos problemas. Es necesario hundir nuestro pensamiento en la realidad, seguir la corriente de la vida y sorprenderla en sus más íntimos secretos. No debe seguirse las determinaciones del propio sentir cuando se trata de cuestiones de valor objetivo y universal, como lo hacen Renouvier a la cabeza de la filosofía neo-crítica de Francia, movimiento que tiene por objeto sobreponer la moral a todo otro conocimiento; contradiciendo a la realidad, llegan a culminar en sus anhelos a través de una red de falsos silogismos, o bien a veces bajo maleza inextricable de palabras. Ejemplo elocuente de los primeros es el sustancioso libro de Fonssegrive sobre la materia (1).

## II

Es necesario desvanecer todo mal entendido en la afirmación corriente de que muchos hombres son libres. Algunas consideraciones acerca de esta libertad tendrán la virtud de aclarar fundamentalmente el sentido en que se la emplea. Ante

(1) *Essai sur le libre arbitre*, 1885, F. Alcan.

todo, se verá cómo se entiende la libertad psicológica en siete u ocho sentidos diferentes.

Dícese de un hombre que es libre cuando es todo un carácter, cuando ha llegado a poseer un alto grado de conciencia y de poder. Los héroes que ha cantado Carlyle son ejemplos máximos de este tipo de hombres. Han sabido vencerse a sí mismos en lo que tenían de transitorio y de inferior, han crecido en su tiempo como magníficos cedros por encima de la maraña de plantas de su época; han dejado huella en las cosas y en los hombres, tienen historia. Por eso se llama libre a una persona cuando establece el imperio de la razón sobre las necesidades, impulsos y deseos. No viene al caso definir mi pensamiento al respecto; lo cierto es que esta definición de la libertad ha sido adoptada tanto por los psicólogos como por los moralistas. Se dice en cambio que un hombre está tiranizado, que es un esclavo, cuando no puede resistir a que los moralistas califiquen de bajos instintos. Por eso pedía Epicteto a la gente: "Haceos esclavos de la filosofía, y gozaréis de la verdadera libertad". Todo el sistema moral de los estoicos reposaba sobre el axioma de que las pasiones dependen enteramente de la voluntad, y que la voluntad puede subyugarse en todo momento, si se siguen ciertos principios. La realidad se encargó de demostrar, cotidianamente, la insuficiencia de esa doctrina, una de las más hermosas que registra la historia de la ética. La preocupación primordial de los eticistas que aspiran a educar la voluntad, es señalar los medios más conducentes para el dominio de sí mismo.

Con la misma razón con que se repite que el hombre es libre en dichas condiciones, se dice: libre como el viento, o libre como el globo que se remonta en el espacio. Como se comprende, todas esas son metáforas, y la libertad del hombre es otro tropo. El dipsómano se irrita cuando le dicen que es esclavo de la bebida; y de la misma manera que el morfínomano, que va apagando lentamente la luz de su vida, quien dice inyectarse el mortífero alcaloide por su soberana voluntad.

Se considera esclavizado al idiota o al imbecil, tanto más cuanto más profunda es su degeneración mental. Lo mismo se dice de los otros dementes, y en especial de aquellos aliena-

dos que se hallan bajo el poder de una idea fija, de carácter delirante, que polariza todo su pensamiento, toda su vida, en una determinada dirección. Aquel que padece de una infección se halla vendido transitoriamente a su lecho, impotente, amirada su voluntad y su inteligencia.

De manera, pues, que "la sola libertad de que disfruta el hombre es la de poder reaccionar bajo el influjo de una idea; la de poder obedecer a los móviles de la sensibilidad; es decir, a sus pasiones y a los motivos de la razón" (Dubois) (1). Esto es, ciertamente, algo muy diferente al libre arbitrio; en lugar de buscar en una teoría tan engañosa el dominio personal, afirmo insistentemente que continuando la sana traición socrática, debe buscarse la realización de este ideal en el profundo conocimiento de sí mismo, tanto como en el mundo exterior, de acuerdo con los adelantos científicos. En vez de obstaculizar la meditación sobre sí mismo y el desenvolvimiento de la personalidad, el determinismo contribuye al desarrollo moral desde que señala la influencia de todas las ideas y sentimientos en nuestras acciones y aclara su encadenamiento mutuo. El poder de la *voluntad* será tanto mayor cuantas más ventanas tengan abiertas los hombres sobre el mundo, cuando tengan la comprensión de un mayor número de fenómenos del alma y de la naturaleza entera, y cuanto más disciplinada sea su mente. Cuanto más conozca el espíritu los fenómenos, decía Spinoza, mejor comprende sus propias fuerzas y el orden de la naturaleza; cuanto mejor conoce sus propias fuerzas, más fácilmente puede dirigirse a sí mismo y trazar sus normas de conducta; y cuanto mejor conoce el orden de la naturaleza, más fácilmente puede gobernarse y ahorrar esfuerzos vanos (1):

En estas palabras jugosas del grande hombre, está comprendida la teoría de la liberación por la cultura, en tanto que otros se convierten en apóstoles de la acción para alcanzar a igual fin.

Cada hombre puede llegar a libertarse de la tiranía de lo que él conceptúa como pernicioso en sus momentos de lucidez.

---

(1) *L' education de soi même.*

(1) Oguores. Trad. Saisse., tomado *De la reforme au entendement.*

Así por ejemplo, trata de romper el círculo de prejuicios y de anomalías morales que lo oprimen, y se siente libre una vez que los ha desplazado. El conocimiento de las causas sirve para la previsión de los fines. La inteligencia prevee, entonces, los posibles resultados de los actos, y los dirige en vista de un fin determinado. Con ese poder de síntesis creadora que posee puede provocar intencionalmente situaciones y obtener con toda precisión los resultados requeridos. Se realizan así los ideales que forja su imaginación. Por estas poderosísimas palancas que son la inteligencia y la acción, modifica el hombre al universo que lo rodea y al mundo interior. Mediante estas dos vías se liberta el hombre de la fatalidad.

Cuando llega a dominarse y responden sus actos a la esencia íntima de su ser, a sus cualidades fundamentales, es que uno se considera libre. Por eso decimos con frecuencia: este hombre es todo un carácter, posee una gran fuerza de voluntad, es libre. Nos referimos entonces a una persona que no es juguete de sus caprichos o apetitos pasjeros y que es capaz de desempeñarse acertadamente en una misión difícil. Ciertamente, si libertad equivale a la organización armónica y fuerte de la propia personalidad, a una notable sistematización de los deseos, ideas y sentimientos con relación a sí mismo y al medio social, si se refiere a la capacidad peculiar de cada uno de determinarse de acuerdo con su naturaleza orgánica y afectiva, no veo inconveniente en aceptar este nuevo significado (1). Basta recordar la identidad que hay entre el yo y la voluntad — pues quien dice que su voluntad hace lo que el yo le manda hacer, incurre en una tautología — basta esto, para fijar bien los términos de la cuestión y evitar probables confusiones. Por esto es bueno anotar que tomada en este sentido la *libertad*, lejos de significar indeterminismo, expresa, como lo hace notar Paulhan en la conclusión de su obra, un determinismo bien coordinado hacia una finalidad más o menos perfecta. Ahora se explica nuestro epígrafe. Buceo hondo Hegel cuando dijo que la libertad es la necesidad comprendida.

La sistematización de los hábitos, el pasaje de la acción

---

(1) *Filosofía Americana* — Enrique Molina Garnier Hnos. — *La voluntad*. Paulhan—D. Jorro; obras cit. de Schopenhauer.

voluntaria a la actividad automática, es otra manera como muchos se sienten libres. Satisfechísimo se halla el mercader que se levanta a la madrugada y permanece diez y seis horas detrás del mostrador invariablemente, desde hace muchos años. El buen filisteo se siente tan libre como el poeta que construye palacios encantados y el estadista que moldea pueblos enteros en su férrea mano. Y aunque no esté dotado del poder de inhibición, se siente libre, el que realiza el supremo anhelo de su temperamento o de su carne, y vive la vida de sus sentimientos y pasiones, de sus tendencias intelectuales.

No se me ha de reprochar que escriba excesivas páginas acerca de los medios de liberación, y de lo que se entiende por tal, cuando Fouillée escribió gruesos volúmenes (1) para desarrollar tesis tan simplista y parcialmente verdadera como ésta, en torno de la cual gira toda su obra de filósofo: la libertad humana consiste — tanto desde el punto de vista práctico como desde el científico — en el poder que tiene cada uno de modificarse a sí mismo, *por efecto de la idea que tiene de su mismo poder*. Vale decir, que es la idea de libertad la que nos hace libres, conclusión a la que llega empleando un pretendido método genético. Según Fouillée cuanto más está uno persuadido de su valer original y cuanto mayor es la fe en el propio poder, más se aproxima al ideal de libertad. Aplicó este punto de vista a la moral, al derecho, a la etología, a la educación. Desde el punto de vista psicológico contiene esta teoría elementos apreciables, aunque si se la toma en su sentido estricto, se cae en el absurdo que sólo el citado proceso nos lleva a la libertad interior. Esa libertad puramente virtual, que tanto se asemeja a la libertad de la voluntad, era la que el filósofo francés diera como fundamento de la responsabilidad. La solución que ha dado es sin duda, aún tímida, pero se desvía mucho de la falsa vía que en esta cuestión trazara Descartes.

¿Qué entienden los moralistas por la propia liberación?; no apartarse de las normas éticas preferidas. Para los religiosos es la obsevancia rigurosa de las reglas religiosas. Se ve, pues, cuántos son los significados de un término, aparentemente de

---

(1) *Liberté et déterminisme. Morale des idées forces*, etc.



poco uso como es el de liberación. Pero el sentido más común es el que le ha dado Spinoza,—que es la de todos los deterministas contemporáneos— quien en este orden de ideas ahondó con magnífica inteligencia hasta donde puede alcanzar la visión del filósofo. Con la aplicación del principio determinista a los dominios morales, se entrevee un horizonte de una amplitud infinita. A medida que sea mayor el radio de nuestros conocimientos, cuantas más verdades integren el acervo de nuestro saber, cuanto más sensibles nuestros corazones y mayores nuestras fuerzas morales, tanto más llenos de grandeza. De esta manera, el ideal moral no se estanca; es siempre perfectible; la observación científica y la intuición de los hombres y de las cosas, la experiencia moral, darán lugar a la formación de nuevos ideales morales. Sin duda que las cumbres del pensamiento de pasadas edades han podido entrever lampos de luz, formarse una posición y adoptar claras normas de conducta; pero estos beneficios sólo se limitaban a un núcleo de privilegiados, mientras la inmensa mayoría se nutría de groseras supersticiones.

\* \* \*

La nueva moral en un rasgo magnífico de fortaleza, proclama al hombre libre de los poderes divinos a los que se mantenía sujeto, lo desliga de los lazos, obligaciones a que lo sometían los amos y las fuerzas ciegas de la naturaleza, y aspira a hacer de la *Unmenschlichkeit* una humanidad en la que se pueda hacer el más amplio y armónico despliegue de las fuerzas interiores. Esta posición tiene virtudes insustituibles para fundar una doctrina moral, como ser: 1.º no permitir la cristalización en principios morales apriorísticos e inmutables; es eternamente perfectible; 2.º sigue el ritmo de la experiencia sin atar pesadamente a la realidad; 3.º está por encima del pensamiento de una época, pues su método puede emplearse en todo tiempo; 4.º es universal, porque excluye los puntos de vista particulares, sin despreciar por ello los sentimientos; y 5.º los caracteres de una moral a base de este principio, dignifica al hombre y lo llena de esperanza.

Una moral así concebida sale totalmente del marco clásico. Deberá tender sobre todo a aclarar, y por eso se identifica con la educación. La conducta es determinada por nuestras representaciones y sentimientos, y sólo cultivándolos mediante una educación apropiada, es que se conseguirá que cada persona se conduzca de acuerdo con normas éticas, que sus tendencias le inspirarán y el medio le sugerirá.

Por su parte, los sistemas de educación sólo adquieren valor cuando tienen cuenta la relación de causalidad que se comprueba tanto en el mundo exterior como en nuestra vida interior, y en la relación que entre ambos se establece. Los étólogos se preocupan de que el hombre sea esclavo, no ya de ideas malsanas y de sentimientos enfermizos, sino de otros estados mentales que contribuyen a la felicidad personal y de las personas en cuyo medio se hallan. En un excelente libro de vulgarización del profesor de neuropatología de la Universidad de Berna, Dr. Dubois, cuyo reciente deceso debemos lamentar, se establece con toda claridad estos puntos de vista y nos convence de como el criterio de la *clarividencia moral*, es decir, la visión certera de los resultados de la actividad y de los motivos determinantes, reemplaza a la noción de voluntad en los antiguos sistemas de educación y de moral. Por eso es partidario que se suprima atrevidamente del diccionario la palabra voluntad... lo que en verdad no conduce a nada.

En este sentido creo que la noción del determinismo prestará inmensos servicios. Es una idea-fuerza, que se irá inculcando en el espíritu de los hombres y los inducirá, mejor dicho los obligará a trabajar incesantemente, como única manera de realizar el progreso intelectual, la perfección moral y el bienestar físico. Por eso no estoy con Ingenieros (1) cuando afirma que el libre albedrío es un error útil para la gestación de ideales. Creo firmemente que si el fatalismo es un absurdo que lleva al pesimismo, el libre albedrío es un error pernicioso; que si a veces tiene el valor de una realidad benéfica y consoladora como engaño piadoso casi siempre malogra y desvía la obra a efectuar. Se autoriza así mi convencimiento de que el principio del determinismo debe darse a conocer a los

(1) *El hombre mediocre*, Capítulo I

educadores como uno de los axiomas fundamentales de la vida moral. Es sensible que tan sólo de pasada pueda hacer notar como toda la psicoterapia y el psicoanálisis está imbuido de este principio, sin el cual no puede pasarse el tratamiento de las psiconeurosis, o como decía Dejerine, la reeducación de la razón o pedagogía psíquica.

La posición determinista, debo agregar, no es tan ingénua ni tan pueril como aparece a primera vista. En este orden de ideas estamos lejos de afirmar que las personas obran bajo la influencia de las representaciones como los muñecos por las manos y palabras del ventríloquo. En esta parte de psicología y moral, como en el resto de las ciencias, la investigación de los problemas y las aplicaciones prácticas, son mucho más difíciles y complejas que en otra forma, como demostraré con precisión en la parte de biología.

### III

La psicología, la moral y la pedagogía deberán incorporar a su acervo el concepto de *posibilidad*. Este término expresa adecuadamente mi pensamiento, en relación con lo que antecede, y lo creo muy fecundo en resultados. Un ejemplo tomado de la biología dará a entender en qué consiste este concepto. En apoyo de la tesis neovitalista y teleológica que defiende contra los ataques del determinismo, cita Driesch algunas experiencias, entre ellas, la siguiente, interesantísima: si se planta una rama capaz de crecer, al cabo de un tiempo la extremidad hundida en la tierra echa raíces, mientras de la que se halla en la atmósfera nacen hojas y las otras modalidades en que estas se transforman. Ahora bien, si se planta una rama que se ha tomado en idénticas condiciones a la anterior, con la diferencia que se la invierte, de modo que la raíz que corresponde a la raíz de aquella se halla en el aire, ésta dará hojas; en tanto que el otro cabo, que corresponde a la parte superior, y se halla ahora en tierra, echará raíces. Algunos explican el fenómeno diciendo que en las células hay *cualidades* de índole diferente de las que algunas predominan más tarde, en un momento dado, por la acción del medio y de las otras circunstan-

cias; se trata de un ser vivo, en cuyo sistema equipotencial, un fenómeno puede tomar distintas direcciones.

Lo mismo sucede en cada individuo, en que hay varias posibilidades para la ejecución de los actos, posibilidades cuyo desarrollo depende del medio, del temperamento y de todos aquellos factores que ennumerara en la parte de psicología; según sea la orientación y la coordinación de esos factores, así serán las reacciones individuales en los diferentes momentos. El rol de la educación es, precisamente, tratar de que esos actos se realicen en la forma deseada. Nada de lamentaciones vanas por una conducta anormal, digna de censura o de desprecio; lo único que queda por hacer — a más de la pena-tratamiento — es poner en claro las condiciones en que se ha verificado la mala conducta, para ponerse en situación de poder corregirla en una próxima ocasión. La inhibición juega en tales circunstancias un rol fundamental. Recuerda Max Nordau en su último libro — destinado por entero a fundar una moral sobre la inhibición, criterio que estoy lejos de compartir — que Platón comparaba al hombre con un monstruo compuesto de tres animales: de una hidra de cien cabezas, que es necesario alimentar y domar a la vez, de un león ciego, y de un hombre que doma a la hidra valiéndose del león (1).

La diferencia entre las posibilidades de la planta y las del hombre, es que en éste son infinitamente mayores. En primer término, porque es enorme el número de factores que intervienen en su conducta, y luego por las condiciones muy variables en que se puede colocar, porque un hombre puede buscar las circunstancias más propicias para realizar actos que sean favorables a su persona y a la especie. La vida que se halla aún en germen es todo un mundo de esperanzas. ¿Quién puede saber lo que rendirá ese infante de pocos meses, que una enfermedad fatal condujo a la nada?

Por otra parte, la energía en latencia de los seres vivos, es mucho mayor que la fuerza intelectual o física que se despliega. Me explico. Entre los peces, son numerosas las especies en que, de los centenares de miles de huevos que resultan de cada fecundidad, sólo una cantidad reducidísima engendra nuevos

(1) *Biología de la ética*, pág. 377.

seres. Un apreciado maestro nuestro, el profesor Jakob, decía en lo que al germen se refiere, que los animales tienen varios miles de veces más de lo necesario para la conservación de la especie, mediante la reproducción. Lo mismo sucede en lo que se refiere a nuestro mundo mental. Cada uno tiene, psíquicamente, posibilidades no sólo en dirección, sí que también en cantidad muchas más vastas de lo que cree tener. Pero sucede que todas esas capacidades no se ejercen, ya sea porque no se las ha cultivado o por ignorancia, por el medio ingrato en que una se halla o por la falta de ocasión. Son minas inexploradas. En términos generales, cuanto más complejo y exquisito es el mecanismo de un individuo, tanto más rico es en posibilidades. De ahí el concepto socrático de que el sabio no puede dejar de ser humano, que es una verdad parcial, porque sólo tenía en cuenta las facultades intelectuales.

Toda persona — no hablo de los deficientes mentales ni de los agenésicos morales, y aun mismo estos — es susceptible de ser educada para una vida en que lo normal sean las acciones altruistas, el culto a la verdad, los sentimientos delicados. En lo que a la inteligencia se refiere, no todo está dicho en el proverbio: "lo que Natura non da, Salamanca non presta", porque aún no se sabe qué es lo reservado a Salamanca, y qué a la naturaleza. Puede suceder que lo que no le sea posible a los pedagogos de la ilustre Universidad del Reino, lo puedan los métodos que propagan los sabios educadores norteamericanos o la escuela nueva de Eislander, o de Tolstoi, por ejemplo. Apenas quiero recordar los grandes progresos efectuados en la educación de los anormales, totalmente renovada de un tiempo a esta parte. ¿Se han agotado acaso los medios que el amor y la inteligencia nos suministran para el gobierno y progreso de las cosas y de las personas? ¿O bien, los padres han puesto un límite a la especie y han dicho a los suyos: ¡de aquí no pasarás! ¡De ninguna manera! Tratar de demostrar lo contrario encierra nada menos que la pretensión de hacer la historia de los progresos del espíritu humano.

En el orden ético y en el orden jurídico las posibilidades, que no son excluyentes de las posibilidades de los demás, cons-

tituyen los derechos, y estos aumentan en la medida de las capacidades de cada uno. Por lo menos tal es lo que sucede en la vida de todos los días.

\* \* \*

Hace pocas semanas, en una de mis visitas de estudio al Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional, pedí se me permitiera entrevistarme con Santos Godino. Está aún vivísimo en la mente de todos, el recuerdo de los crímenes horribles cometidos por el "petiso orejado", por los que había sido condenado a muerte (1). ¿Qué criminal más típicamente *nato* que éste, fatalmente condenado según la teoría lombrosiana, a delinquir en la forma más salvaje y bestial? Hallé a un joven de veinte años, con evidentes estigmas degenerativos, cuya expresión humana y respetuosa atrajo mi simpatía, a pesar de lo mal dispuesto que estaba en su contra. Incitado, me habló de su pobre madre, a la que su padre flagelaba cuotidianamente cuando volvía ebrio, al anochecer, a su vivienda infeliz. En su mentalidad deficiente, las ideas tenían una sucesión lógica y los sentimientos morales existían, aunque sin florecer considerablemente. Gustaba de la sociedad, trabajaba en un oficio y su conducta en el medio carcelario era, desde hacía años, ejemplar. No era un modelo de belleza moral, pero tenía todos los rasgos de un hombre que no volvería a delinquir, y que podría ser útil a la sociedad con su trabajo. Lo evidente es que sin o con la herencia patológica, rociada de alcohol y de miseria, una educación apropiada en la niñez y en la iniciación de su premadura pubertad, en un medio conveniente, hubiera hecho de él, en vez del criminal "nato", uno de los tantos pobres de espíritu, de honradez mediana, que forman el magma de la sociedad.

Nadie está fatalmente destinado al mal. Aún en la certeza de que los hombres hacen tan sólo lo que pueden hacer, nada más lógico y comprensible que, bajo la acertada influencia de la educación física e intelectual, fecundando su espíritu con

---

(1) Véase *El idiotismo bajo el punto de vista médico-legal*.—R. Alvarez. Tesis de doctorado en C. Médicas—B. Aires, 1915.

un ideal de bondad y de amor, enseñándole los medios para conseguir el interés propio y verdadero, cada "criminal nato" colocado en ambiente favorable, podría ser un buen hombre. Toda demostración verbal empalidece ante la elocuencia del ejemplo que acabo de traer en apoyo de mi tesis. No hay individuos fatalmente destinados al crimen; su temperamento morboso puede traducirse en otro sentido. En los casos peores, se trata de enfermos que tienen una gran tara degenerativa, muy predispuestos al delito, dotados como todos, de un potencial variable, que evolucionarán hacia la criminalidad si las circunstancias son propicias.

Como lo hace notar justamente Dubois, la ausencia de claras ideas deterministas produce resultados a menudo dolorosos, tanto cuando se trata de corregir hábitos viciosos o de la educación infantil, como de curar enfermos. Y agrega — hecho de observación corriente — que forman legión los chicos tarados intelectual y moralmente en quienes la educación familiar y escolar, lejos de corregir la desviación primitiva, no ha hecho más que acentuarla. "En las cuestiones de criminalidad, la situación no es en el fondo más trágica que en la de la educación", aunque sí más aguda y dramática. Ya no se trata, pues, "de problemas filosóficos puros, de sueños sobre las causas primeras, donde cada uno puede dejar errar la loca de la casa. Son estas cuestiones de ardiente interés que se plantean y de cuya solución inmediata depende la suerte de uno de nuestros semejantes".

Por estas consideraciones yo he aproximado en cierta manera el perito médico psicólogo al educador que clasifica al niño en relación a sus aptitudes y a sus vicios; las mismas normas de conducta y de tratamiento deben regir tanto se trate de educación como de represión penal. "Por todas partes donde hay desviación mental es necesario recurrir a la ortopedia moral." Así termina Dubois uno de sus capítulos, poniendo su fe en que llegará el día en que las verdades que enseñan la psicología y la antropología, triunfarán de las resistencias que le oponen la rutina y los prejuicios.

*Gregorio Bermann.*